

sonrisas á los espectadores... No obstante, la justicia manda reconocer que no todos los senadores se duermen, y que también hay sesteos en el Congreso. Senadores veréis más despiertos que liebres, y avizorando cuanto pasa, y dispuestos á dar una desazón al gobierno en cuanto se descuide. No hay que fiarse del sueño de los senadores; cierto que no hay que fiarse de cosa ninguna.

* *

El Senado, al menos, es, lo repito, habitable, amplio, claro y bien dispuesto. Pero el Congreso parece hecho para que en él no se celebre sesión sino en los meses de diciembre y enero, ¡y guarda al salir la pulmonía! El genio de la incomodidad ha presidido á la construcción del Congreso, que por otra parte, así como carece de aire respirable, carece de condiciones acústicas. Al entrar en esas tribunas del Congreso, tan ahogadas, tan sombrías, con su peligrosa escalera donde es facilísimo torcerse un pie, con sus asientos nada *confortables*, con las enormes columnas que estorban la vista, creemos penetrar en alguna prisión, en alguna escondida reja conventual — lo más opuesto al espíritu comunicativo y libre en que debe inspirarse la vida parlamentaria. — Cuando un orador habla vuelto de espaldas ó de costado á una tribuna, es lo bastante para que en esa tribuna no se le oiga palabra. Los que cogen primera fila todavía pescan algo; los que tienen la desgracia de hallarse en la segunda ó tercera, ya se pueden despedir. No parece sino que á propósito se han arreglado semejantes tribunas de manera que sólo un corto número de privilegiados logre disfrutar del espectáculo. Están además las tribunas situadas á una altura excesiva, como para alejar al público de los oradores; y se ha perdido un gran espacio en el cual podrían haberse abierto otras tribunas bajas, bien colocadas y agradables, desde las cuales se dominaría perfectamente el hemicycleo.

Un Parlamento, en rigor, debería calcularse como se calcula un teatro, procurando que gocen holgada colocación y vista segura el mayor número posible de personas. Discútese enhorabuena el sistema parlamentario, sus inconvenientes y sus ventajas; pero si lo ponemos en práctica, aceptemos sus consecuencias, su modo de ser peculiar, que lleva en sí la máxima dosis de publicidad y de aire libre. No olvidemos que este sistema nació en las plazas abiertas, y que la tribuna de las arengas, la gran tribuna rostral, no estaba defendida por ningún baluarte, ni guardada en ningún recinto, sino que se alzaba en el Foro, teniendo el firmamento por pabellón.

Si las sesiones de los Cuerpos Colegisladores se verificasen todas en invierno, podría excusarse el Congreso tal cual hoy existe, abrigado, cerrado, afelpado, sofocante. Pero no sé cómo se las arreglan los que manejan ese cotarro, que siempre ha de ser de primavera á la canícula la época preferida para las discusiones, hasta que llega el imperioso agosto, ordenando los baños, las aguas, las duchas, las vacaciones á todo bicho viviente — y mal de su grado, las Cortes tienen que interrumpir la brega, porque no hay medio humano de hacer otra cosa. — Repito que sorprende el valor de esos luchadores, que conservan en la parrilla la afluencia de palabra y la expedición de discurso que podrían tener en su gabinete. Se diría que, en vez de aplañarles, el calor les reanima, les enciende el alma y les saca á los labios más chispeadora y vivaz la elocuencia...

A pesar de las detestables condiciones de las tribunas del Congreso, no faltan nunca golosos de este espectáculo, y aun golosas. A diario las tribunas se ven concurridas, y atestadas el día en que se espera discusión borrascosa é interesante. Debo reconocer que la palabra *interesante* no tiene para la mayoría de los asistentes á la tribuna el sentido que yo le atribuiría (y que le atribuirías sin duda tú, lector discretísimo). El interés, en mi opinión, consiste en que hagan uso de la palabra los grandes adalides, no para acusarse y cubrirse de oprobio, no para asestarse puñaladas y sacar al público los sucios trapos y las lacras y miserias que al adversario atribuye la maledicencia, con ó sin base de realidad, sino para decir cosas atañedoras al bien público, á la grandeza del país, á su alta cultura moral é intelectual, ó á su conveniencia práctica, á su prosperidad, á su mejor regimiento. En las circunstancias actuales me gustaría que se hablase de la política internacional y de la guerra de Cuba, pero con generoso sentido, sin desahogos de carácter personal entre militares de alta graduación, y sólo con la preocupación trágica y profunda de los males de la patria, y del terrible daño que padecemos, este flujo invencible de sangre y oro que va á dejarnos más ahogados, más infelices, más maltrechos que estuvimos nunca... Pero ya sé y comprendo que semejan-

tes aspiraciones son quiméricas. De tanto como se habrá perorado en la tribuna desde que existe, sólo las Catilinas y las Filípicas alcanzarán la altura del ideal patriotismo con que sueño. En el Parlamento inglés, en la Convención francesa, en las Cortes españolas, hubo momentos sublimes, y el negarlo fuera injusto, hasta rutinario y cobarde, ya que hoy se ha puesto en moda rebajar á los Parlamentos y olvidar sus pasadas glorias; pero es fuerza reconocer que las mezquindades de partido roban más tiempo, por lo general, que otras cuestiones en que no se conciben banderías, porque son de bandera. Tal vez falta el espíritu público; tal vez ya no late el gran corazón del pueblo. Me inclino á creerlo así: vamos á las Cortes más como *dilettanti*, que como españoles y patriotas.

* *

Lo que entusiasmo y regocija á los *habitués* de las tribunas, es la habilidad. ¡La habilidad especialmente! Aquí no conocemos el refinamiento artístico de los italianos; pero en materia de arte oratoria hemos llegado á ser tan inteligentes y á hilar tan delgado como en tauromaquia. Muchas veces me ha sorprendido el fenómeno de que mientras, al tratarse de literatura, no suelen oírse juicios atinados y frases discretas, al juzgar á los oradores es casi siempre sagaz é infalible el crítico oyente. Las réplicas intencionadas; las gracias malignas; las picantes ironías; las estocadas rectas y mortales; los rasgos de energía; la mesura en defenderse; el vigor de atacar; la oportunidad y felicidad en recordar; la maña para advertir y demostrar contradicciones; la solidez de los argumentos; la propiedad y elegancia de la dicción; el concierto en accionar; la nobleza en la postura; tantos y tantos matices y toques como forman el conjunto de una oratoria maestra, se aprecian, saborean y comentan con viva sagacidad en las tribunas del Congreso. Asimismo se censuran instantáneamente y del modo más implacable y despiadado las contestaciones turbadas y tropezonas; las soserías é insipideces; las debilidades; los dichos vulgares y cursis; los movimientos torpes, desmañados, mecánicos; las inflexiones de voz rudas y desapacibles, ó atipladas y gangosas; las faltas de aplomo y de dignidad, y sobre todo, ¡sobre todísimo! las... — que me perdonen si recojo esta acepción del arroyo, porque sólo ella, en su trivialidad, puede dar exacta idea de lo que no se consiente en las tribunas — las *latas*; el interminable discurso sobre la carretera de X. á Z..., ó sobre la necesidad urgente de que se reforme el decreto relativo á las obras del malecón de W..., ó sobre otro asunto de igual trascendencia, que en dos palabras cabía.

* *

Mucho se ha zarandeado el presupuesto del Congreso con sus partidas de caramelos y azucarillos. Echo mano de todo mi catonismo y no puedo reprobar los caramelos, al menos mientras la mujer no posea y ejerza plenos derechos electorales. El diminuto cucurucho que nos envían á las que frecuentamos las tribunas, esa golosina infantil, es como la dote y el *morgengeld* en el derecho germánico; una especie de compensación, no en demasía espléndida (hay que reconocerlo), pero al cabo galante y dulce, á nuestra incapacidad legal. Parecen decirnos los que nos remiten, por conducto de alguno de los innumerables empleados de la casa del Parlamento, el saquillo de papel con los fragmentos de cuajado almibar, aromatizados á la menta, al anís ó á la rosa: «Para que no notes que sin ti hacemos las leyes, sin ti que has de padecerlas y acatarlas, y para que no lo lleves á mal, ahí tienes esa chupandina delicada y suave. Nosotros tragamos quina, tú tragas azúcar. No nos envidies.»

En tiempo de calor, sin embargo, *cúmpleme declarar* (como diría alguno de los señores) que la dádiva de los caramelos no puede, ni aun á título de compensación modesta, convenir á la mujer. Cada caramelo es un rabioso estimulante de la sed, y contribuye á aumentar la sensación de asfixia. Sería acertado introducir una reforma en el presupuesto, y reemplazar en verano los caramelos con la refrigerante horchata de chufas, nuestro delicioso refresco popular y nacional. A los mismos diputados les vendría de perlas la horchata, para moderar ciertas fogosidades en la polémica. No propongo la horchata para los senadores también, mirando á la susodicha nieve de los años. «¡No parece sino que todos somos unos carcamales!» exclamaba, pocas tardes hace, un senador todavía naturalmente pelinegro... Y es que no son sólo las señoras las que detestan que salga á relucir la fe de bautismo.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LOS HORNOS DE LAS LEYES

Ya se comprenderá que me refiero al Congreso y al Senado, donde hasta muy avanzado el presente mes de julio — los pesimistas anuncian que hasta bastante entrado agosto — se cuecen los padres y abuelos de la patria, acompañados de los curiosos y curiosas de las tribunas públicas y reservadas, bajo una temperatura de esas que disuelven la masa cerebral convirtiéndola en papilla.

Por poco que nos inclinemos á admirar, en casos tales la admiración se impone. Si el frío moderado templara el sistema nervioso, el excesivo calor, que yo sepa, no embravece sino á los toros, cuya poderosa fisiología sanguínea les permite resistirlo sin peligro de anemia. Al hombre le enerva, le echa abajo, le infunde galbana y un decaimiento que sólo pide abanico, hamaca y el vaso de limón al alcance de la desmayada mano. Ante ciertas temperaturas, los principios, las ideas y las mismas rencillas y enemistades se diría que han de desaparecer. Sin embargo, nuestros políticos resisten como Daniel en su horno de Babilonia, y aparecen tan animosos en el ataque, en la defensa, en la rectificación, en la interpelación, en el insulto, en el contra-insulto, en todos los episodios de esa diaria lid, larga, capaz de dar al traste con las fuerzas de cualquiera, como si estuviesen á las frescas orillas del Támesis, en el ventilado y espacioso Parlamento inglés.

Sí, les admiro. Cada vez que asisto á una sesión del Senado, en estos días de fuego, sube de punto mi asombro. Es verdad que los señores mayores prefieren el calor al frío, porque tienen las venas congeladas; pero así y todo, recordando que cuanto más débiles y exhaustos nos sentimos, más nos afectan los cambios de temperatura, debo alabar la constancia y el sufrimiento de los respetables ancianos, que muy correctos de *tenue*, con cuellos planchados, corbata, levita y su chaleco de piqué, arrostran las formidables tardes parlamentarias. Muchos de estos graves personajes, sólo por caso raro y pagando tributo á íntimas amistades ó á compromisos ineludibles, se dejan ver en el mundo. Invitados á las fiestas ó á las familiares reuniones, se excusan con el reuma, con el asma, con el trancazo, con los desvanecimientos, los achaques de la edad, en suma. Pero que se trate de la sesión del Senado, y les veréis olvidar los alifafes y correr á ocupar su escaño de costumbre. Es verdad que se oyen por allí nutridas toses, insistentes carraspeos y resuellos fatigados; es verdad que, rendidas al bochorno, varias cabezas cubiertas de nieve ó despojadas hasta de esa nieve misma, caen pesadamente sobre el pecho, y de allí á poco percibimos un ronquido sordo, ó un profundo resoplar, que arranca